

UNA EXPERIENCIA CON LOS CONGOSES

RAMON BETANCES

A cada paso encontraba lo real maravilloso. Pero pensaba, además, que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonías.

A. Carpentier, *El Reino de este Mundo*

Al leer el libro *Azúcar amargo*, del periodista francés Maurice Lemoine, donde se describe la realidad de nuestros bateyes y las penurias del picador de caña haitiano, reclutado en Haití y vendido al gobierno dominicano cada año, me sentí fuertemente conmovido. Muchas inquietudes pasaron por mi cabeza. Pensé que sería interesante verificar y constatar si lo escrito por Lemoine era mera exageración periodística o una realidad de verdad. ¿Cómo hacer esto? Pasando una temporada en un batey y conviviendo con los haitianos? Esta fue la idea madre.

La idea o deseo de conocer la realidad del batey, la conversé con los compañeros Agapito Betances y Guillermo Sierra. Ellos me dijeron que también habían pensado en conocer dicha realidad y trabajar apostólicamente con los haitianos, ya que la barrera del idioma no constituía problema alguno para ellos, pues conocen la lengua créole. Como los tres estábamos de acuerdo en tener esta experiencia y contábamos con el apoyo del Equipo Arquidiocesano de Pastoral Haitiana, este deseo no tardó mucho en materializarse.

El día cinco de junio de 1983, salimos para Juan Sánchez, batey situado a siete kilómetros de Sabana Grande de Boya, perteneciente al ingenio Rfo Haina,

donde estaríamos por espacio de un mes (el último mes de la zafra de 1983). Hasta dicho batey fuimos conducidos por Sor Odila, quien con mucho coraje trabaja y supl^e de cierta manera la ausencia de un sacerdote en la parroquia Sagrado Corazón de Jesús de Sabana Grande de Boyá. Fue ella la que nos ayudó a hacer los primeros contactos en aquel lugar.

Cuando aún no nos habíamos desmontado del vehículo, nos parecía llegar a tierra extraña; tal vez porque la mayoría de los que allí estaban eran extranjeros. Desde ese momento comenzamos a conocer la forma de ser de los que viven en el batey. Se dieron cita a nuestro alrededor como buitres donde hay algún animal muerto. Impresionados por nuestra presencia, ya en la postrimería de la zafra, formulaban muchas preguntas, algunas muy sinceras y otras cargadas de sospechas. Casi todas las preguntas eran dirigidas a Sor Odila. Mientras ella contestaba, nosotros nos manteníamos en silencio, observando, y tratando de comprender el ambiente donde nos moveríamos.

¿Quiénes son esos muchachos? ¿De dónde vienen? ¿Qué persiguen? A éstas y otras preguntas, Sor no vaciló en contestar: Ellos son seminaristas. Vienen del Seminario Mayor de Santo Domingo a trabajar y convivir con ustedes, pero especialmente con los haitianos.

En general —quizás por su poca familiaridad con la Iglesia— no sabían lo que era eso de seminarista; suponían que éramos estudiantes de agronomía, como otros, que en años anteriores, habían trabajado por allí. Al no entender, seguían cuestionando; Además del trabajo, ¿qué piensan hacer? Sin dar oportunidad a la respuesta, afirmaban: “no es verdad que nadie va a dejar la Capital para venir a cortar caña; y, menos en estos tiempos cuando la zafra esta por terminar”. De esta manera, revelaban la desconfianza y rivalidad que impregnan el ambiente de los bateyes.

Los tres primeros días se hicieron kilométricos. Nos pasábamos las horas conociendo los callejones del batey y conversando con los haitianos en los cortes y caminos, al tiempo que gestionábamos algún trabajo. Ya al cuarto día, el panorama parecía más despejado. Comenzamos a trabajar.

En nuestros planes estaba reunir los haitianos para darles catequesis, pero una vez sondeado el ambiente nos dimos cuenta que no era lo más indicado, pues los haitianos comienzan su labor cuando todavía no ha despuntado el alba y terminan al anochecer hartos de insultos y cansancio. Así que cambiamos de parecer. Optamos por evangelizar y conocer la situación del haitiano, desde el corte, la siembra o la recogida de la caña.

Al principio resultábamos un tanto enigmáticos para muchos. Nos veían como una amenaza para algunos puestos de trabajo. Pero al cabo de una semana, los temores y sospechas de ambas partes fueron desapareciendo. Ya nos trataban como verdaderos trabajadores del Consejo Estatal del Azúcar (CEA).

Desde nuestra observación participada, comprobamos allí una escala de

dominación y robo. Se paga un salario de hambre (25 centavos por cada hora de trabajo). De éstos, el bodeguero se queda con un 20% y algo más. La balanza de los pesos está en contra de los picadores. El haitiano no pasa de ser mero instrumento de trabajo para los jefes (superintendente, mayordomo, inspector, etc.). Son tratados como animales de carga. Se les insulta con palabras denigrantes. Algunos comentan que el haitiano es comida de puerco, que no come bien por guardar los chelitos para llevárselo el día que se vaya. No hay confianza entre el obrero y el jefe, sino miedo. El haitiano no se descuida del jefe. Sabe que en cualquier momento y por cualquier cosa, éste lo puede borrar del mapa y no pasa nada: se mató a un animal...

Los encargados del batey sostienen que los haitianos son mano de obra barata, pero dicen que es preciso atacarlos para que rindan, pues son una partida de haraganes. Para ellos, el haitiano no se enferma, más que cuando no quiere trabajar. Nosotros, que siempre estábamos trabajando junto a los congós (así se le llama al haitiano que viene a cortar caña por primera vez. También se le llamaba así a los esclavos arrancados de África y traídos al lejano Caribe por los negros), percibimos lo contrario: el haitiano es muy ágil y trabajador; pero al ser tan maltratado y engañado, en ciertas ocasiones se escabulle y "amarra la chiva"...

Cuando todavía el sol no parecía salir, ya nosotros íbamos de camino hacia los cortes. Allí pasábamos el día llenos de ansiedad e indignación. Nuestras orejas parecían arder, no tanto por la molestia que produce la pelusa de la caña, sino porque nos picaba y nos partía el alma ver la rudeza con que se trataba a los haitianos.

A lo largo de toda la zafra los obreros de la caña tienen que soportar azotes, insultos y maldiciones de un capataz que ni siquiera les permite respirar con tranquilidad.

No hay que estar mucho tiempo en los trabajos para oír palabras como éstas: "Vamos arriba, haitiano del diablo; trabaja coño hijo e'puta, desgraciado..."

Las leyes laborales no son tomadas en cuenta. Los congos trabajan hasta que quiera el jefe; no importa que sea domingo o cualquier día de fiesta. Durante el período de la zafra, toda la población de los bateyes trabaja los siete días de la semana. Los haitianos trabajan más de doce horas en el corte.

El haitiano, sobre todo el congo, sufre por el día y por la noche. Cuando regresa cansado y muerto de hambre, recibe un "vale" con que puede adquirir arroz o harina para preparar algo de comer y reparar parte de su fuerza perdida. Las habitaciones donde duermen parecen jaulas de animales. Las camas no tienen colchones. Muchos duermen arriba de un saco o de una yagua. No hay sanitarios. Tienen que ir a las lagunas y arroyos a bañarse y a hacer sus necesidades fisiológicas. Tienen que sancochar lo que van a comer en el suelo, a la intemperie; de ahí que cuando llueve se le hace muy difícil cocer sus alimentos. Por todo esto, frecuentemente, se encuentran en el batey focos permanentes de enfermedades como diarrea, malaria, paludismo, anemia, etc.

Los congos son esclavos modernos. No tienen razón en sí mismo; su razón está en Jean Claude y en los jefes dominicanos que comercializan con ellos.

Una de las grandes injusticias contra el haitiano es que los pesadores les roban una gran parte de la caña pesada. Sobre esto una fuente confiable muy ligada a la administración del batey nos dijo lo siguiente: "los pesadores se roban hasta media tonelada de caña por cada carreta pesada..."

De lo poco que ganan estos obreros, se les hace una serie de descuentos, para pagar el carretero que levanta la caña, para el seguro que no le asegura nada, y dízque para ir cobrando un dinero que se les presta a su llegada al país. También el oficinista se aprovecha del haitiano. Un día, en una conversación informal y un tanto confianzuda, uno nos dijo: "cuando los días están buenos a mí me salen veinticinco y treinta pesos del macuteo..."

Los guardias campestres —que parecen perros hambrientos— nos despertaban a las cinco de la mañana con el estruendo que armaban golpeando las puertas de los barracones para sacarlos a golpes de fusil y enviarlos al corte, sin contemplar ni en el estado de salud de éstos, ni la inclemencia del tiempo. Esto se hace so pretexto de que le salen muy caros al CEA y tienen que rendir mucho en el trabajo, para que la compañía no pierda.

En el batey se vive del chisme. Hay una lucha a muerte. Los dominicanos —que son una minoría— discriminan y maltratan a los haitianos viejos (los que tienen mucho tiempo en el país). Estos a su vez "joden" a los congos. Y a veces los congos se pelean entre sí.

El miedo y la desconfianza son eternos compañeros de los haitianos. Ven en toda persona un "tonton macute", un enemigo o engañador; ahora bien, una vez te conocen y te tienen confianza son capaces de desvelarse y decirte todo lo que piensa, sienten y esperan.

Una tarde lluviosa y triste, después de haber terminado una larga jornada de trabajo, nos encontramos con Dominik, un congo muy bueno y sincero. Le preguntamos: Kouman bagay la yé? (¿cómo está la cosa?) El nos respondió: Bagay la pa bon (La cosa no está buena). Nou vin koupe kan pour grémési. Isit gin anpil vòlè (Nosotros venimos a trabajar gratis. Aquí hay muchos ladrones).

En la oficina del batey nos encontramos con una habitación llena de bultos y maletas. Le preguntamos al inspector a qué se debía eso y nos dijo: "todos esos bultos se los incautamos a los haitianos y se los "guardamos" aquí hasta que termine la zafra, así evitamos su fuga para otros centrales o para fincas privadas. ¡Ustedes no se dan cuenta lo mañosos que son esos mañeses!" Con esta medida, los congos tienen que vivir sucios y harapientos con una misma ropa todo el tiempo.

Todas las noches teníamos la oportunidad de conversar con el sereno de la oficina, un ex-guardia trujillista que participó en la matanza de haitianos de 1937. Para este señor, el haitiano no cuenta como persona. Fríamente nos decía que

cuando andaban persiguiendo a los haitianos, se encontraban con muchísimos cadáveres podridos y comidos por los perros. Gesticulando de una manera desordenada, también nos dijo: "Mire, un día andaba yo con un teniente y dos guardias más. Llegamos a un rancho y allí encontramos dos haitianas (la mamá y la hija). La vieja nos lloraba con los brazos abiertos y nos decía que no las matáramos, que ella se nos entregarían; pero el teniente no hizo caso y le cayó a machetazos..."

Ciertas noches, los congos, mientras tocaban latas y palos, bailaban y brincaban como queriendo olvidar sus penas. Asimismo celebraban el "gagá" vestidos de máscara.

En el batey hay muchos capataces e inspectores que son espías del gobierno haitiano. En el contrato se dice que la función de éstos es vigilar a los congos para que no sean transferidos a un centro de trabajo que no sea aquél para el cual fueron contratados.

El último día de la zafra, los abusos llegaron al culmen. Faltaban dos campos de cañas por cortar y era preciso terminar todo para las tres de la tarde. Las autoridades competentes recogieron a todos los hombres del batey y los enviaron al corte. A los dominicanos y haitianos viejos se le pagarían unos tres pesos, pero a los congos no se les daría más que un pan de agua con un trocito de salami. Aquel día los guardias se "realizaron" dando golpes a los congos; simplemente porque éstos se resistían a trabajar gratis. Algunos congos lloraban como niños, por los golpes recibidos o "de pique". Nosotros hacíamos ademán de acabar con algunos guardias, más nos conteníamos. A las once y treinta de la mañana, un viejo haitiano, que desde muy temprano había comenzado a tirar machete, cayó abatido por el hambre a unos 200 metros de nosotros. Corrimos a brindarles los primeros auxilios con un botiquín que portábamos. Mientras esto sucedía, un capataz y algunos trabajadores voceaban a coro: "no tiene nada, ése es un vago que no quiere trabajar. No sean pendejos". Sin hacer caso a esta ingrata voz, hablamos con el inspector y nos prestó un tractor. Lo llevamos al dispensario del CEA en el batey, donde nos dijeron que no lo podían atender, porque eran las doce y a esa hora no se atendían emergencias.

Cuando terminó la zafra, soltaron los bueyes en un gran corral frente a la oficina. Nosotros observábamos la libertad con que éstos se movían. En eso se acercó a nosotros Ti Jean, un jovencito de 17 años que había venido *anba fil* (bajo hilo/clandestinamente). Comenzamos a hablar con él: Sak pase Ti Jean? (¿Qué pasa Juancito?) Kouman ou yé? (¿Cómo tú estás?) Eské ou kontan? (¿Estás contento?). Nos dijo: Mon Chéris, mouin pa kontan ditou (Mis queridos, yo no estoy nada contento). Pendan zafra la mouin tap travay anpil anpil et a lafin mouin pa gin lajan. Mva toune Ayuti tankou vin (Durante la zafra he trabajado muchísimo y al fin no tengo dinero. Voy a retomar a Haití como vine).